

Adulterios, atrocidades, una mujer y la taberna de la vida

MARIO
PARAJÓN

Fernando S. Delgado ganó este año el codiciado premio *Planeta* con una novela narrada por Begoña Martínez de Niro, complejísimo personaje que tuvo en su adolescencia una amiga la cual tenía un padre el cual hizo de segundo padre y amante de la joven Begoña. Esta se casó más tarde con Daniel y le fue infiel con el sexagenario Ignacio. Begoña lleva un diario, sabe que su marido lo lee en secreto, y escribe entonces algunas mentiras para hacerlo sufrir. Daniel corresponde con otro juego de mentiras y así es como Fernando S. Delgado, hábil novelista, nos dice que los hombres nos revolcamos en la soledad y ponemos nuestro empeño en hacernos desdichados los unos a los otros.

La finalista del premio ha sido Lourdes Ortiz por un relato — *La fuente de la vida*— crudo, bien hecho, interrumpido y continuado en los momentos culminantes y cuyo tema es nada menos que el tráfico de niños. Lourdes Ortiz es muy sensible al abuso al que se somete a los países pequeños por parte de los grandes y por eso las escenas

LITERATURA

cuyo escenario es Perú y Rumania, resultan emotivas y de interés.

En medio de situaciones tan trágicas como éstas que narran los ganadores del *Planeta*, vale la pena hacer un alto y leer el *Tratado de las Buenas Maneras III* de Alfonso Usía. Libro divertido, todo lo satírico que se quiera, pero con

«El perseguido Salman Rushdie ha escrito una novela terriblemente suya y por lo tanto cargada de sucesos, sorpresas, cultura, invenciones, ingenio, denuncias, demanda de justicia y brillantez.»

sátira elegante, buen humor a cada línea y una preocupación por la felicidad del lector, más bien por su regocijo, que si no se agradece es porque se es tacaño en punto a gratitud. En Ussía existe la obsesión de la sencillez, el buen gusto, la autenticidad y de lo que Lope llamaba "el alma en el aire de cualquier movimiento".

El perseguido Salman Rushdie ha escrito una novela terriblemente suya y por lo tanto cargada de sucesos, sorpresas, cultura, invenciones, ingenio, denuncias, demanda de justicia y brillantez. Fascinante, pero a veces demasiado fascinante, de tal manera que alguien ha podido escribir que sus peores defectos son los "excesos de virtudes".

Y apareció —¡al fin!— el segundo volumen del *Diario* de Zenobia Camprubí de Jiménez, la edición al cuidado de Graciela Palau de Nemes. La mayor parte del primer tomo transcurrió en Cuba, recién llegados a La Habana Juan Ramón y Zenobia, y todavía sin saber que el drama español concluiría en la guerra civil. Allí apareció una Zenobia entusiasta, muy amiga de sus amigas, encantada de visitar al matrimonio Quevedo y escuchar conciertos y sinfonías. También una Zenobia a la que se le hace difícil la vida con Juan Ramón, pero que lo quiere muchísimo y le perdona sus faltas dándose perfecta cuenta de su egoísmo. Este segundo volumen es más "cotidiano" que el primero. Zenobia nunca se da importancia; nunca piensa que llegará a ser leída

por un público ante el cual es menester que aparezca su cultura, su refinamiento y su tremenda abnegación. Y la realidad es que fue culta, abnegada y refinada, pero sin ostentación. Por eso en las páginas de este *Diario* se descansa de la trascendencia, la sentencia, el cotilleo y el patetismo. Hasta se puede leer: "28 de agosto. Almorcé con Madeleine, Nora y Kitty en Butler Hall y de ahí pasamos a casa de Nora a tomar una copa. Llovió a cántaros todo el día. Conseguí 5 cajas de azúcar para Teodora, Luisa, Guerrero, Elisa y Eloísa (Córdoba) en España, como regalos de Navidad. Cené con J. Ramón en el restaurante Morningside". Son anotaciones indignas en el diario de una Anais Nin; pero, engarzadas con las otras, espléndidas en el diario de Zenobia.

Se descansa de todo lo tremendo y excepcional, pero se entra en contacto con la alegría de vivir, con la personalidad de una mujer que si olvida recuerdos felices y le vienen de pronto a la memoria, los tanto rápidamente con una ingenuidad y un entusiasmo sin sombra de ñoñería y con sobra de sensibilidad e inteligencia. Cuando recuerda las habitaciones en que ha vivido de niña y las describe minuciosamente, se comprende hasta qué punto sufrió, gozó, se empeñó en ser buena y logró equilibrios difíciles en su arte de vivir en el mundo junto a Juan Ramón Jiménez. El *Diario 2* (Alianza Tres-EDUPR) será una contribución importante a la biografía de esta mujer nada

**«Yo aconsejaría que el
Diario de Zenobia se
acompañara de la lectura
de la biografía de Dickens
por G.K. Chesterton.»**



tradicional, nada feminista en el sentido en que hoy se usa el término y de un atractivo al que un buen lector difícilmente no se rinde.

Y yo aconsejaría que el *Diario* de Zenobia se acompañara de la lectura de la biografía de Dickens por G.K. Chesterton (Pretextos, Valencia 1995). Dice María José Oriol: "Un texto elaborado con maestría y magia. Pensamiento, oficio y amor por las palabras". Lo que pone de manifiesto el insigne

Chesterton en esta biografía es su amor a la vida y el amor a la vida por parte de Dickens. Lo que demuestra es que amar la vida no es ejercer mal o bien un oficio, tener dinero, enamorar una señora o sustraer una cartera. Ama la vida aquel que la vive sufriendo, gozando, de alguna manera comprometido con su espectáculo y sin cuidarse demasiado de sí lo tienen por importante o por insignificante. "Y todos los caminos llevan a una última posada, donde hemos de rendirnos con Dickens y todos sus personajes, y cuando juntos bebamos de nuevo, será el vino de las grandes garrafas en la taberna del fin del mundo". Parece que Chesterton pensaba que a pesar de lo sinvergüenzas que pueden ser los hombres y a pesar de las lágrimas que pueden derramarse, hay un fondo de simpatía de los unos a los otros aliado a otro fondo de bondad y sentido del misterio que es más fuerte que todo el resto del escombros.

Poetisa premiada por *Hondo Canto* desde 1983, Dora Martín escribe su primera novela, *El Alma del Colibrí*. Estilo sencillo, transparente y de una nitidez nada habitual. *El Alma del Colibrí* se abre paso dentro de un género que se cultiva poco en España, que seduce a ciertos temperamentos y que sería temerario juzgar: es una novela juvenil dolorosa y esperanzada. A Dora Martín le preocupan esos temas que por estos años se van apoderando cada vez más de la imaginación de los escritores: la soledad y la enfermedad. Los trata

con delicadeza y valentía, quizá con una prosa de exagerada transparencia y también de exagerada cortedad; como si el acto de escribir le inspirase timidez; pero hay dignidad y finura en *El Alma del Colibrí*.

CLAUDIO DE LA TORRE

Hijo de Bernardo de la Torre y de Francisca Millares Cubas, Claudio de la Torre tiene la suerte de venir al mundo en Las Palmas de Gran Canaria el 30 de octubre de 1895. Es una época de tremendo entusiasmo intelectual y la ebullición se siente igualmente en las tertulias, en el café y en la redacción del periódico. Hay poetas y músicos. Dos tíos carnales de Claudio —Agustín y Luis— escriben y firman juntos como Serafín y Joaquín Álvarez Quintero. Claudio pensaba que eran los fundadores de la literatura regional canaria. El abuelo, Agustín Millares Torres, es el autor de una *Historia General de las Islas Canarias*, libro imprescindible para saber de ellas; y además ejerce el periodismo, funda una Sociedad Filarmónica y escribe poemas. Un pariente suyo, Cristóbal José Millares, fallecido en 1844, es músico destacado y compositor de mérito.

En ese mundo nace Claudio cuando se extingue el siglo XIX. La niñez le propina su ramalazo en los años que preceden a la primera guerra mundial. De ese tiempo nunca se olvidará. No sólo existe entonces la costumbre de la sobremesa, sino algo que podría nombrarse como la de la antemesa.

LITERATURA

Los miembros de la familia, los que viven en la casa y los que andan desperdigados por la ciudad, se reúnen, hablan, discuten y sobre todo se divierten. El tío Alberto toma a Claudio entre sus brazos, se lo sube a los hombros, lo pasea por la casa, lo sienta al piano y lo incita a que haga presión sobre las teclas. No sabe que está formando un

«A Claudio lo educan para que sea sereno, modesto, bien educado, simpatizante de los demás, culto, aficionado a las bellas artes, delicadísimo en el trato y amante de los animales y de los niños.»

escritor que conservará hasta el último día de su vida el recuerdo de esta manera de "distinguir la vida tal como yo la recuerdo en los primeros años de nuestro siglo. Se hablaba entonces mucho de la vida, que parecía por completo dedicada a los placeres. Y, en realidad, no le faltaban sus sabrosos estímulos".

A Claudio lo educan para que sea sereno, modesto, bien educado, simpatizante de los demás, culto, aficionado a las bellas artes, delicadísimo en el trato y amante de los animales y de los niños. De memoria se aprende sus *Islas Canarias*, de lo que dejará constancia en un libro que publicará *Destino* en la década de los sesenta. Y la armonía y la belleza es lo que parece regir su existencia. Fue siempre un espíritu moderado, era escritor de hábitos regulares que traba] aba todas las mañanas con una perrita instalada a sus pies. Fue también amigo inolvidable de los amigos que lo visitaban en la tertulia organizada por su mujer, Mercedes Ballesteros; y director del teatro María Guerrero durante seis años; y el poeta, y el novelista y el dramaturgo. En los últimos años, luego de publicar el *Verano de Juan el Chino*, un relato que transcurre en Islas Canarias, se le presentó un debilitamiento cerebral y suavemente fue perdiendo facultades hasta carecer de memoria, conciencia y vida. Pero fue un proceso piadoso, casi un sufrimiento dulce como había sido su vida.

Porque Claudio de la Torre, en la España apasionada, dura, trágica, de

grandes carcajadas y grandes pasiones, puso la nota del equilibrio, la ponderación, la medida, la norma de nunca herir ni faltar el respeto a nadie y la de cultivar una condición modesta y un lugar de segunda fila, llenos de dignidad y de hermosura. Todo fue terso y tranquilo en su vida y en su obra. Estudió en Inglaterra y en Sevilla, fue a París a trabajar como director de cine, hizo matrimonio feliz y tardío, estrenó sus obras sin grandes éxitos ni tampoco fracasos; y ejerció de corresponsal en Londres durante la etapa final de su carrera.

Al principio de la misma como escritor teatral, cultivó la vanguardia y estrenó obras que por entonces sorprendían por lo novedosas: estaban de moda el expresionismo, la ruptura con la técnica tradicional y la irrupción de lo poético y lo misterioso en el escenario. Fueron los tiempos del *Tic-Tac*, *Hotel Términos*, *Tren de Madrugada*. Ese primer Claudio de la Torre sabe todo lo que está ocurriendo en el mundo, pero su entusiasmo literario es tal, que en el fondo de su corazón cree que todo lo atroz se puede convertir en materia de arte y que la última palabra de la vida es la de la felicidad. Gana el

«Porque Claudio de la Torre, en la España apasionada, dura, trágica, de grandes carcajadas y grandes pasiones, puso la nota del equilibrio, la ponderación, la medida, la norma de nunca herir ni faltar el respeto a nadie.»



premio Nacional de Literatura en 1924 por *En la vida del señor Alegre* y publica después la novela *Alicia al pie de los laureles*, su obra mejor lograda, la que siempre nos hará felices durante y después de su lectura.

Después escribe otras piezas de teatro, dirige las de autores contemporáneos y en 1965 estrena *El Cerco*. Ya es otro Claudio de la Torre que no ha dejado de ser el mismo. Que exista el mal en el mundo es algo que se le ha impuesto y no lo acepta. Lo escandaliza. Sabe su secreto: sabe que hay males que se remedian, enfermedades que fueron azotes y que han dejado de serlo; problemas sociales que se han resuelto, países que han triunfado de la miseria. Pero sabe también que esos males no son el mal en sí. El mal en sí se halla en la raíz de la vida, es un misterio insondable, aparece y desaparece, no cumple con las leyes de la conservadora justicia poética y parece ser eterno. En esa obra teatral, *El Cerco*, y en el *Verano de Juan el Chino* se encuentra ese último Claudio de la Torre, a quien este hallazgo tampoco descompuso. Parece que llegó a creer en una fórmula estoica profundamente canaria, que podría ser el mensaje recóndito de sus Islas.